

## **Don Cosme Bueno, abuelo de la Medicina Peruana**

**Por el Dr. Carlos Enrique Paz Soldán, Secretario Perpetuo de la Academia de Medicina de Lima y Delegado oficial del Gobierno del Perú al VII Congreso Panamericano del Niño <sup>1</sup>**

No es la primera vez que piso, emocionado y reverente, esta Casa de Saber y de Serenidad. Ya en otra ocasión, inolvidable para mí, dije palabras que, entonces recogidas con afecto, me fueron devueltas en aplausos, en simpatía, en amistades perdurables. Mas sí es la vez primera que traigo ante sus doctos miembros un trabajo dedicado a hablar de las glorias comunes de la estirpe.

Que mis palabras iniciales hoy sean de saludo y fraternidad. Que ellas predispongan los corazones a fin de que podamos, unidos, leer juntos con desinteresada hermandad, la vida y la obra de un americano del siglo XVIII, a quien tocó en suerte ser en Lima el precursor de la Medicina vernácula, maestro de Gabriel Moreno y de Hipólito Unanue y a quien me he atrevido a llamar el Abuelo de la Medicina Peruana.

Oportuna es esta contribución, ahora que en España, por obra de hombres reunidos en Madrid y llegados de todos los puntos del Orbe, se está celebrando un Congreso de Historia de la Medicina, destinado a examinar, entre varios asuntos, la Medicina en América por los días maternales de su gestación como Continente libre.

Y para que mi comunicación pierda todo amaneramiento, y sea como una charla de familia—plática la llamáis vosotros con nuestro hablar prístino—dejadme que me sienta en mi biblioteca de trabajo, recogiendo de los viejos estantes familiares, consagrados por la devoción benedictina de algún antepasado mío que vivió fervorosamente para contar la historia del Perú, un librito pequeño, en pergamino, cuyo polvo vamos a quitar para que se pueda leer mejor y para que no impida la diafanidad del diálogo, en el que haremos los comentarios que nos sugiera lo que de sabiduría y de adivinación hay en sus páginas, aprisionadas por el genio.

Olvidado, pues, de la solemnidad de esta sala y de su nobilísima

<sup>1</sup> Comunicación leída en la sesión solemne celebrada por la Academia Nacional de Medicina de México en la noche del 17 de octubre de 1935.

prestancia, abramos esta "INOCULACION de las VIRUELAS". Es un precioso documento histórico médico de 28 páginas, de las cuales cuatro de cubierta, con el título repetido en la primera y en la penúltima. Las 24 restantes, de 160 por 95 milímetros, contienen el "PARECER QUE DIO EL DOCTOR DON COSME BUENO SOBRE LA REPRESENTACION QUE HACE EL PADRE FRAY DOMINGO DE SORIA PARA PONER EN PRACTICA LA INOCULACION DE LAS VIRUELAS". Se imprimió en Lima, en la Imprenta de los Niños Huérfanos, con licencia del Superior Gobierno y en el año 1778.

Sobre este PARECER han dado noticias Mariano Felipe Paz Soldán—nuestro venerable abuelo, a quien perteneció el ejemplar que tenemos delante de los ojos—; Toribio Medina, en su "Historia de la Imprenta en Lima"; Carlos A. Romero el erudito Director de la Biblioteca Nacional de Lima, y Hermilio Valdizán en su valiosa obra "Apuntes para la Bibliografía Médica Peruana." Manuel Odriozola reimprimió en el tomo III de la "Colección de Documentos Literarios del Perú" la mayor parte de las obras de Cosme Bueno, mas no consignó en este tomo el folleto que nos ocupa, que vino a ser reimpreso en el tomo IV de la misma colección.

No obstante tan repetidas rememoraciones bibliográficas, ninguno de estos autores, ni médico alguno después, han hecho la menor exégesis sobre este PARECER y sobre lo que significa para la historia de la viruela en América, capítulo de máxima importancia en la Higiene del Nuevo Mundo y todavía, pese a los adelantos realizados en su dominio, problema actual no sólo en el Perú sino en muchos pueblos del Continente.

Tratemos en esta plática de llenar tal laguna. Y al comentar este PARECER lleno de erudita crítica y colmado de videncias misteriosas, haremos un sucinto estudio sobre el autor, el sabio don Cosme Bueno, que en la Liga del siglo XVIII aprendiera la Medicina y en ella hallara gloria y tumba, legándonos con su enseñanza la cumbre más alta y singular de la Escuela Médica Peruana.

La viruela fué un monstruo horrendo durante milenios, devorador inmisericorde de millones de vidas humanas. Desde el siglo VII, en que aparece en Europa, hasta Jenner, su macabra segur de vidas fué más implacable que las que produjo la guerra. Y si para los que no tenían ni borlas doctorales ni anillo, fué flagelo ineluctable, también constituyó **riesgo profesional** y de tanta monta, que Nicolás y Donat,

médicos que no acertaron a librar a Aufregalda, la ama de Grotán, de unas viruelas que la llevaron al sepulcro, acusados por ella de haberla agravado, pagaron con sus vidas su impotencia terapéutica, siendo degollados sobre la tumba de la infeliz amante.<sup>1</sup>

Es a RHAZES, médico persa según Kelchs, a quien se debe la primera descripción del pavoroso morbo. Su libro "FI-JADA-SIWAL-HASBAH" ganó tal crédito, que en el transcurso de tres y medio siglos fué editado treinta y cinco veces en las más diversas lenguas. De este libro habla don Cosme Bueno y repite, con este motivo, la opinión de don Miguel Casiri, Siro-Maronita, quien en el Catálogo impreso en 1760, de la Biblioteca Hispano Árabe del Escorial, donde halló un ejemplar en árabe de esta obra, afirma que la traducción desdice mucho del original, siendo tales las faltas que encontró en la latina, que más que **versión** puede llamarse **perversión**.

El huracán invasor del Islám llevó la plaga a Europa, por oriente y por occidente: "Desde los principios—escribe don Cosme—camina-ron las viruelas bajo los estandantes de Mahoma, extendiéndose y fijándose en todas partes con la pertinacia que todos vemos."

El respeto por la Medicina árabe, que dominó a Europa, impuesta a los médicos del Medioevo por la supervivencia que le dió la Escuela de Salerno, puso sobre la obra de Rhazés un halo de prestigio y de autoridad, que Mirón estima causa que intervino para la difusión de las viruelas, ya que mal podía pensarse en luchar contra una plaga que era "enfermedad que nacía con el hombre, producto del estado del aire maligno, contagioso y de los efluvios variolosos producidos por nuestra tierra". Era la doctrina telúrica de las pestilencias, que siglos después Pettenkofer sostuviera con tanta fortuna. Esta opinión de Rhazés fué dogma para los médicos árabes, fieles a la doctrina de este libro, tenido como un oráculo.

Examinemos cómo las viruelas llegaron a América. "En la conquista de la América las trajeron los españoles a los indios y éstos las recibieron involuntarios en cambio de otro género, si no peor más infame que ha cundido e infestado el reyno de la tierra, cual es el Gálico, **si es cierta la común opinión de no haberse observado este hasta fines del XV siglo, después que Colón y sus gentes volvieron a**

<sup>1</sup> Traité d'Hygiene. Epidemiologie par Dopter y V de LAVERGNE, pág. 175. Tomo XIX.

**Europa.**” En este párrafo del PARECER está condensada la opinión más corriente sobre el origen europeo de las viruelas en América y sobre el americano de la sífilis en Europa, mas con la condición que hemos puesto en evidencia al subrayar la parte final del testimonio de Bueno.

Sobre esta importación de la viruela a la América por España hay cierta unanimidad en los cronistas de Indias. Clavijero, el aventajado discípulo de los jesuitas de Tepotzotlán, habla del negro de Pánfilo de Narváez, “carbón encendido—escribe Bueno—que abrazó el Imperio de México y las Provincias de la Nueva España con su llegada allí”. En el Perú sucedió casi lo mismo. Cien mil indios murieron en Quito a la entrada de las viruelas por los años de 1553. Lo propio sucedió en otras provincias, donde en 1588 y 89 murió más de la mitad de la gente.”

Es verdad que, indagando el pasado epidemiológico del Nuevo Mundo hallamos algunos testimonios que no coinciden con el que hemos mostrado. Así conviene recordar que el inca Huayna Capac, conquistador del Reino de los Sciris, que puso bajo su cetro a toda la tierra que va del Cuzco a Quito, **murió de viruelas**. El certificado médico de su defunción no es nuestro, sino de Cieza de León, el más fiel cronista de las cosas primitivas de la América precolombina. “Cuentan que vino una gran pestilencia de viruelas, tan contagiosa que murieron más de doscientas mil ánimas en todas las comarcas porque fué general; y dándole a Huayna Capac el mal, no fué parte todo lo dicho para librarlo de la muerte, por que el gran Dios no era de ello servido. Y como se sintió tocado de la enfermedad mandó se hiciesen grandes sacrificios por su salud en todas las tierras y por todas las huacas del Sol.”<sup>2</sup>

Mas sea el que fuere el origen de las primeras epidemias de viruelas de la América, el hecho evidente es que en la legendaria cruzada por el haz del Continente que, con ímpetu no superado ni igualado, llevaron a cabo los españoles, siempre que hubo cronistas para referirnos los padecimientos patológicos sufridos por las razas caídas bajo la cruz conquistadora, la viruela ocupa en la escena histórica

<sup>2</sup> Cieza de León. El Señorío de los Incas, cap. LXVIII, páginas 260 y 261. Edición Jiménez de la Espada. Sobre este particular consúltese nuestra “Medicina Social”, Lima, 1916, capítulo sobre La Viruela.

papel de primer actor: inmaterial alabardero implacable de la muerte!

“La viruela, la mortal viruela—exclamaba Hipólito Unanue en 1803—tenía menoscabada, despedazada y aniquilada la población de los dilatados reinos y provincias de este rico Imperio y sólo aparecían ruinas y sepuleros que desfiguraban y hacían horroroso su suelo.”<sup>3</sup>

¿De dónde provenía esta tenaz pandemia desoladora? Don Cosme Bueno afirma que no la conocieron en España sino después de que los moros la conquistaron. “Hipócrates, en cuyo ajustado estilo no se encuentra cosa que dé a entender haberla conocido” no dijo palabra sobre la existencia de esta “enfermedad tan extraordinaria y nueva en sus síntomas, tan regular en su curso y duración, tan cruel y general que no perdona edad ni sexo. No distingue de climas ni de tiempos. Nadie hay privilegiado para ella. Sin perdonar las más humildes chozas ha llegado a despoblar palacios. Si algunos mueren sin haberlas padecido es por que acaso aún no ha llegado su tiempo, pues las hemos visto en sujetos de más de ochenta años.” (C. Bueno.)

Qué magnífica descripción epidemiológica, alarde de videncia, modelo del género. No podría hoy agregársele, ni restársele nada, salvo la victoria obtenida contra sus estragos.

En sus ansias de explicación patogénica, tropieza don Cosme con la doctrina arábica, de la sangre impura del feto, que luego se expone ocasionando el mal “por una especie de ebullición que separa lo puro de lo impuro, **al modo con que fermenta el mosto para hacerse vino**”. Toda la doctrina científica de las fuerzas microbianas está aquí en esbozo, como la entreveía Van Helmont. No de otra suerte pensarán, siglos después, los que alcanzaron la descifración del enigma.

“Este modo de opinar—prosigue el PARECER—se ha adoptado de siglo en siglo con aplauso de las escuelas; y ha durado casi hasta nuestros tiempos, **sin hacerse cargo, ni advertir que si esto fuera así deberían las viruelas ser tan antiguas como el Mundo y se hubieran padecido siempre en todos los países sin excepción alguna.**” Este sólido raciocinio acredita que no en vano el médico limeño, nacido en

<sup>3</sup> Discurso de Hipólito Unanue al conferir el grado de doctor en Medicina al doctor José Salvany, Vicedirector de la Expedición Filantrópica de la Vacuna. Tomo II de Obras de Unanue, página 63.

Aragón, mas aquí nutrido de Ciencia, de Experiencia y de Filosofía, era un **Humanista que había aprendido a pensar!**.....

Con idénticas armas lógicas, aguzadas por la observación de los fenómenos de la vida, norma hipocrática, don Cosme rechaza las opiniones de Uberte, catedrático de Alcalá y Zaragoza, quien afirmaba que las viruelas eran de origen intrauterino “excrementos del feto depositados en las porosidades del cutis y detenidos después de nacido hasta que por alguna causa se mezclan con la sangre”. Con el mismo juicio sólido no acepta que las viruelas vengan de la destemplanza del aire. ¿Por qué, pregunta, sólo habría éste de sufrir tal cambio a partir del siglo VII?

Mas lo que admira en este racionalista del siglo XVIII americano, de la Lima envuelta por entonees en lobreguez cultural, es su desdén por la influencia de la Astrología, como origen de las epidemias. Oigamos sus razones: “Los Astrólogos, que tienen un depósito y unos grandes almacenes de Pestes y Epidemias en los Cielos, han atribuído esta enfermedad a los influjos de las estrellas: culpando unos a las conjunciones de Júpiter y Marte en Géminis y otros a otros diversos aspectos de los celestes cuerpos, cuyos juicios deben pasar y tenerse por unos insignes desvaríos, más antiguos que las viruelas mismas.” Es esta, no se olvide, la palabra de un astrónomo, cosmógrafo mayor del Perú, y cronista fidelísimo de las cosas atmosféricas, las que trató con devoción, en esas sus obras inmortales. “El Conocimiento de los Tiempos”, que iniciaran en Lima Pedro Peralta, en 1732, el Padre Rher, de 1750 a 1754 y Bueno, desde este año hasta su muerte, en 1799. El ilustre propugnador del **boerhavismo** en Lima, no creía que las fuerzas del Cosmos estuvieran empeñadas en molestar al pobre barro humano.

En cambio, después de rechazar todas esas interpretaciones, don Cosme se inclina a considerar que las viruelas tal vez se deban a la VERMINACION. “Dejando otros modos de opinar tan insubsistentes como los referidos, ha habido médicos—apunta—que han pensado que las viruelas provienen de verminación. Consideran éstas como una especie de peste, pues muchas de sus constituciones epidémicas son funestísimas, se adquieren por contagio y los que más las temen se inician con más facilidad, como sucede en todas las pestes.” Para afirmar su inclinación por tal forma de concebir la **variologénesis**, recuerda la doctrina de Kirker y añade “haberse observado con bue-

nos microscopios en el pus o materia de las viruelas una innumerable multitud de gusanitos, que es natural sean de una especie particular para el efecto y que en ciertos tiempos y en ciertas disposiciones se engendren y se propaguen de modo que produzcan en los cuerpos las epidemias de este mal, que se experimentan en el Mundo. Comparan esto con las epidemias de langostas en los sembrados y de otros insectos en las habitaciones y también en los cuerpos de varios animales, las cuales aparecen en muchas provincias, en ciertos tiempos, por las disposiciones del aire u otras que se ignoran, en que se multiplican los insectos prodigiosamente.”

El período transcrito tiene relámpagos de genialidad. Es una visión anticipada de ese mundo maravilloso que Leuwenhoek mostrara a la Medicina, la que atónita comenzaba la más sorprendente revolución espiritual de que hay noticias en la historia humana. La génesis de las epidemias por **el conflicto de los biontes**, con sus múltiples especies vivas, algunas de dimensiones infinitesimales, causantes de las peores pestilencias; por el contagio; por la reproducción desorbitada de los gérmenes patógenos y por la exaltación de la virulencia debida a condiciones cósmicas ignotas, está vislumbrada en estas cuantas palabras que, escritas en Lima a fines del siglo XVIII, tienen todo el valor de una adivinación, esa virtud magnífica del Genio.

## II

“Los estragos que ha hecho esta cruel enfermedad desde que reina son muy lamentables. Todos saben que la despoblación de gran parte de la América, donde no se conocía antes, es efecto de este mal.” Quien así pensaba de las viruelas, no era un simple médico togado, sino un higienista de aguda sensibilidad social, incapaz de quedar impasible ante una plaga de tanta magnitud y por consiguiente, ante una medida que se indicaba como salvadora: la inoculación. A lo largo de todo el PARECER, el alma que le infunde su valor perdurable y que anima a sus páginas todas, es la preocupación por acertar en el consejo, tanto profiláctico como terapéutico. Unos cuantos párrafos bastarán para comprobarlo y llegar al asombro ante la videnicia milagrosa de este médico que en Lima, solitario, alcanzara por su solo esfuerzos, sin maestros casi, la borla doctoral de manos de los magníficos catedráticos que en 1750, en la Universidad de San Marcos, le estimaran digno de sentarse entre ellos. Y no sólo esto, sino

que en seguida se le nombrara Maestro de Método y luego, médico de los presos de la Inquisición y en los años 1753, 1760 y 1761 Profesor para asistir en los hospitales de Santa Ana, de San Bartolomé y de San Pedro a los indios, a los negros y a los clérigos, como si todos estos menesteres misericordiosos hubieran estado esperando la caridad infinita de don Cosme, el Abuelo de la Medicina Peruana.

“Para evitar estas desgracias se ha deseado siempre un remedio de cuya eficacia, como en algunos otros males, haya dado pruebas la experiencia. Pero no habiéndose hallado hasta hoy en la Medicina éste, el único que naturalmente se ha presentado es, en tiempo de epidemia, huir del contagio, como lo dijo Gracián, con las tres Alas de las tres Eles, esto es, huir **lejos, luego** y por **largo tiempo.**” Es así como enfoca con humorismo, que es marca de inteligencia, el problema que plantea el Juandediano Domingo de Soria.

“Este arbitrio ha sido propuesto por muchos Médicos, no sólo para librar de la muerte a los que huyen, **sino para cortar la Epidemia.** Sobre este medio insiste con el juicio que acostumbra en todo, nuestro Doctor AMAR, Médico de Cámara de S. M. y Protomédico del Reyno de Aragón.” Recuerda en seguida, Bueno, los pueblos que han procedido así para apuntar este aforismo, fruto de la sabiduría popular, pero que la Medicina de entonces no había elevado a la categoría en que hoy le tiene la Medicina social: “Ello es cierto que es mejor y más seguro precaver el mal que curarlo. Pero como no siempre lograrse esto: pues suelen correr los males más que los que huyen, en fuerza de varias tentativas, que es natural que haya ofrecido la casualidad o el raciocinio, se encontró la Inoculación: cuyo fin **es solicitar** unas Viruelas benignas, de cuyas consecuencias no se sigan los peligros y accidentes, que suelen experimentarse en las Viruelas naturales; eligiéndose para esto la circunstancias del tiempo y otras, que son más al propósito para su buen éxito, como diremos después.”

El juicio es sólido y el consejo parece brotar de la sabiduría. Abandonar las zonas atacadas por una pandemia, es norma que hoy utiliza la Higiene. En numerosas ocasiones, la medida se ha demostrado excelente y Bruce, en su incansable cacería del Tripanosoma, no vaciló en recomendarla en el corazón del Africa, aconsejando la fuga de las tribus negras de las zonas malditas asoladas por la mosca tsé-tsé.

Don Cosme Bueno se declara partidario de la inoculación que pro-

ponía el Juandediano Fray Domingo de Soria. Es verosímil que entre ambos, mezclados en comunes labores de asistencia caritativa de los enfermos, ya que los religiosos de San Juan de Dios tenían a su cargo no pocos servicios hospitalarios no sólo en la Lima colonial, sino por todo el Vireynato, hubo previamente un acuerdo sobre este particular. Y no es aventurado suponerlo, porque por entonces la forma de combatir las viruelas era absurda y peligrosa: "En 1764, con motivo de grasar en Lima una epidemia de viruela en forma grave y epidémica dispuso el Virrey Amat que se hicieran rogativas en Santo Domingo, a la Virgen del Rosario, y que se la condujera procesionalmente a la Catedral." Ya se puede imaginar las facilidades que los contactos creaban para la expansión démica. La inoculación no podía ser mirada con malos ojos, por quien no podía mirar con buenos, tamaño peligro epidémico.

Sobre este fray Domingo de Soria no hemos logrado obtener más noticia, que la que, inmortalizándolo, consigna el PARECER. Manuel de Mendiburu, para quien no existieron desconocidos en la sociedad colonial, no trae en su monumental "Diccionario Histórico" el nombre, siquiera, de este soldado de la Vida y de la Caridad, a pesar de que no se le escaparon los numerosos guerreros que dejaron sentir su dura mano y el filo de su espada sobre la vencida raza indiana.

Por no alargar excesivamente esta comunicación, no nos detendremos a examinar los fundamentos en que apoyaba Cosme Bueno su consejo favorable a la inoculación.<sup>4</sup> Los argumentos de los inoculistas y de los antiinoculistas, están reflejados no sólo con erudición pasmosa y con un conocimiento que deja perplejo al comentarista de hoy, de los libros por entonces clásicos y modernos—Hoffman entre otros y De Haen—sino en un estilo peregrino, colmado de belleza helénica. No sigue a De Haen en sus campañas contra la inoculación, pese al subido homenaje que rinde al discípulo de Boerhave y creador, con Van Swieten, de la Escuela Médica de Viena. Advertido, Bueno, por la cerril oposición que el misoneísmo hizo a la entrada de la quina

4 La práctica de la inoculación de las viruelas, con fines preventivos, forzando el mal en circunstancias favorables o tenidas por tales, la propuso en Colombia, entonces Virreynato de Santa Fe, el célebre Celestino Mutis, en marzo de 1783 y según Luis Gaitán, en Guatemala la efectuó por vez primera, en 1789, el Protomédico José Felipe Flores. No tenemos datos sobre otros países americanos; pero la representación de fray Domingo de Soria nos da, en este intento profiláctico, lugar de primera fila, anterior a los demás ensayos.

en el arsenal terapéutico, no vacila en señalar la inoculación forzada de las viruelas como arma digna de ser esgrimida y ensayada, sordo al griterío con que se pretendía cerrarle el paso. No se le ocultan los peligros de tal práctica, pero en su aprobación hay, apenas, una opción entre dos males: el mayor, la viruela maligna por sorpresa, que implacable mataba o deformaba a sus víctimas y el menor, la inoculación, gobernada por la mano del médico y susceptible de ser aplicada en el momento preciso o estimado favorable. Refuerza su opinión recordando, asimismo, el eco de las disputas sobre el antimonio, que durante decenios mantuvo enardecidos los ánimos, y en plena beligerancia a las escuelas de París y de Montpellier, con Guy Patin y Teofrastus Renaudot.<sup>5</sup>

“Lo mismo que a estos remedios ha sucedido a la Inoculación de las Viruelas. En unos y otros se ven los efectos de la PREOCUPACION: la cual es uno de los más ordinarios defectos de los hombres. Ella los ciega de modo que apenas deja libertad a la razón para juzgar aun de aquello que les es más útil y conveniente, por más que la experiencia clame en su favor. Bien es verdad que estas contradicciones traen su utilidad: porque deste modo se afirman y confirman los hechos, se discuten las pruebas, se apuran los métodos, cesan los escrúpulos y al fin logra el público el beneficio que resulta de tan larga controversia.” Admirable y bellísima lección de filosofía médica, digna de ser esculpida en el dintel de cualquier escuela hipocrática como canon eterno para las cosas de nuestro arte. Y no se deje de considerar que quien así osaba pensar y escribir, era nada menos que un médico al servicio de la Santa Inquisición. La audacia del dictamen corre parejas con el amor por la Libertad y la Cultura.

El PARECER después de haber adoptado, con las reservas necesarias, la práctica de la inoculación, abunda en noticias de ameno interés. Así, recuerda la moda de la inoculación, partiendo de la Corte de Inglaterra para ganar los Palacios del Continente, en donde a menudo, las viruelas hicieron su fatal cosecha. Habla de las famosas “Cintas de la Inoculación”, tocado femenino que servía para señalar a los demás, a las heroínas que desafiaban a la muerte tratando de salvar la belleza física del rostro. No deja de mencionar al Diablo, ese personaje necesario del ayer: lo menciona por boca del predicador

<sup>5</sup> Consúltese “El Tártaro Emético y rehabilitación farmacológica”, por C. E. Paz Soldán, en *La Reforma Médica*, Año I, N° 15, diciembre de 1915.

Massay, quien en pleno templo y en Londres afirmaba que “el Diablo había dado las Viruelas a Job por el medio infernal de la inoculación”. “Una cosa de mucho consuelo ha enseñado, dice Cosme Bueno, la práctica de la inoculación. Los que han tenido ya viruelas, sean naturales, sean inoculadas, aunque se les haga la operación, no se contagian otra vez. La parte en que se aplica la materia no recibe alteración alguna, ni se siente la menor novedad en todo el cuerpo.” Es la apología, sin apologizar; y es la inmunidad reconocida que aún no había recibido su bautismo científico. Y así podríamos multiplicar reflexiones y curiosas noticias. Todo el fragor de las disputas habidas en torno de la moda que llevó a Londres Monseñor Maitland, cirujano de Lady Wortley Montagu, está recogido en estas páginas del PARECER, pero con estilo tan vivo y magistral que parece la narración una crónica dotada de vida, flama prodigiosa que indica el Genio inmortal y siempre contemporáneo que le dió tal aliento.

Concluye este dictamen con el siguiente párrafo que no resistimos al deseo de copiarlo. “Si la Inoculación fuera un efecto del capricho, tuviera la suerte de las Modas. Ya estuviera arrinconada. O si fuera uno de aquellos remedios con que sus inventores y promovedores quisieran hacerse ricos a costa de engaytar al público con sus embelecos, ya no se hablara de ella. Tenemos el ejemplo en los polvos de Ayllaud, en las Drageas de Keyfel y en otros muchos, que cada día se publican en Europa y se pregonan en las gacetas extranjeras. A poco tiempo pierden crédito y se olvidan. Pero la Inoculación cada día se ha ido estendiendo y acreditando más, hasta ponerse bajo la protección de los Soberanos. Finalmente, la Inoculación no es de aquellas cosas en que se ceba el gusto o que se apetecen por deleyte y diversión, como sucede con algunas comidas, bebidas y otras cosas a que con desorden se inclinan muchos. Ella es un remedio que incomoda algo, aunque no sea sino por parte del cuidado, de la preparación y de la dieta, a que no se sujetaran, particularmente los Grandes Señores, si no se les persuadiere y convenciere de su utilidad y de su inocencia. Si la Inoculación, pues, fuera tan peligrosa como han gritado los Antiinoculistas, debiéramos tener por unos temerarios, desleales y sin Religión a los Médicos que han aconsejado, y a los Ministros que no han disuadido practicarla en los Soberanos y Príncipes de Europa. En la Familia Real de Inglaterra; en la Emperatriz de las Rusias y en su hijo el Gran Duque de Moscovia; en la Real Familia de Francia; en la de Parma; en la

del Sthahouder de Holanda ; en la del Duque de Orleans y en otros muchos Ilustres Personajes de que pudiéramos formar un largo catálogo. El éxito feliz de este remedio en sujetos de tan alta calidad y grandeza, cuyas vidas gozan el privilegio de ser las más dignas de estimación y aprecio, presenta una general e ineludible respuesta a todas las objeciones y dificultades que se hacen y se han hecho hasta el presente. **La experiencia ha decidido ya en esta causa.** En vista de todo lo que llevo expuesto soy de dictamen que puede V. Exc. permitir la Inoculación de las Viruelas como un medio que sirve para librar muchas vidas, con tal que para el acierto se guarden las reglas arriba referidas. Lima, Diciembre 20 de 1777.”

La argumentación y fuerza dialéctica de este período final, es de un valor psicológico maravilloso. Don Cosme Bueno, franciscano en sus gustos, benedictino por el trabajo, no vacila en utilizar ejemplos de la nobleza y de la reyecía para señalar un rumbo de acción que en su creencia era capaz de reducir la inmisericordiosa plaga de las Viruelas. Tal finalidad no se alcanzó, sin embargo. La Inoculación, que fué el arma de la desesperanza, apenas subsistió en Lima hasta la llegada de la Expedición Filantrópica de la Vacuna, cuya Jefatura tuvieron Francisco Xavier de Balmis y José Salvany. “La cruel epidemia de 1802, escribirá Unanue, en años posteriores, siguió hasta 1805, fomentando la inoculación antigua de tal manera el contagio, que este Superior Gobierno se vió obligado a prohibirla bajo fuertes penas dentro de la capital.”

\* \* \*

¿Quién era este don Cosme Bueno? La respuesta nos la da con delicada información verídica su discípulo Gabriel Moreno, Maestro a su vez de Hipólito Unanue, en el elogio que consagró al ilustre aragonés, que en Lima se convirtió en un médico limense y aquí, por su genio, realizó la misma labor que en la vieja Europa y en las Universidades de Viena, de Edimburgo y de Gotingue, hicieron los discípulos de Boerhave, el “Maestro de la Medicina en el Viejo Mundo” y a quien se debe el renacimiento científico de nuestro Arte.

No se nos pida por ahora mayores informaciones que las muy sobrias que cierran este comentario. En otra ocasión haremos un cabal estudio de este Americano, orgullo de la estirpe y magno valor de la Ciencia vernácula peruana.

Nació don Cosme en Belber, Aragón, el 9 de abril de 1711. En 1930 llegó al Perú instruído en las primeras letras y gramática latina. En Lima estudió la Farmacia y luego la Medicina, tal como entonces se le estudiaba, por su propio esfuerzo, sin maestros y aprendiendo en el gran libro de la Experiencia. Hipócrates fué su preceptor máximo y Boerhave su inmediato modelo. En la Lima de entonces su casa era el Potosí de los sabios que visitaban el Perú. Fué amigo de Hipólito Ruiz el quinólogo, quien consagró a su memoria una planta "Cosmea balsamífera". En su casa dejaron preciosos instrumentos las expediciones científicas de Dombey, Ruiz Pavón y otros que durante Carlos II vinieron a la América meridional.

Fué autodidacta y, no obstante, cabe considerarlo como uno de los renovadores de la enseñanza médica peruana. Y no deja de ser digno de una evocación plena y romántica, envuelta en lampos de gloria, su vida de 87 años, consumida sacerdotalmente en el estudio de todas las disciplinas del saber. Ha dejado una serie de trabajos, que pueden servir para pedestal de su estatua y para orgullo limense.

Otros hombres venidos de las tierras de Iberia trajeron al Perú sus férreas armaduras o sus vestidos talaes, sacerdotes de una empresa misteriosa y que habría de permitir el nacimiento de nuestras Patrias. Don Cosme Bueno trajo la armadura interior de su GENIO, más férrea que la de los primeros, porque había que vencer a la ignorancia y más pura e inmaterial que la de los que por entonces, en los templos hipotecaban todas las cosas del Cielo y de la Tierra, porque tenía que vencer a la explotación. Y por eso llegó a ser Maestro de Sabiduría y Médico que aliviaba el Dolor.

El Perú le debe la resurrección. Para prepararla os he traído, Mexicanos, fraternos en la obra de trabajar por el prestigio de la Raza, estas cuantas noticias, exordio de otras que esperamos producir como tributo que debemos a las grandes figuras de la Medicina vernácula, blasones de la Estirpe, cimbras de nuestro prestigio, gonfalones para aventurarnos, seguros, por los abismos insondables del porvenir. <sup>6</sup>

6 Este trabajo, en su parte sustantiva, se reservó como primicia editorial a "Revista de Medicina y Cirugía de la Habana", a pedido de nuestro grande y dilecto amigo José A. Presno y Bastiony, Presidente de la Academia de Ciencias Médicas de Habana. En México se leyó anteriormente a esta publicación.